
BIBLIOTECA de LA NACIÓN

ENRIQUE DE VEDIA

TRANSFUSIÓN



BUENOS AIRES

1914

Derechos reservados.

Imp. de LA NACIÓN.—Buenos Aires

PRÓLOGO

La novela cuya publicación iniciamos hoy significa un triunfo para su autor y una conquista para las letras nacionales. Don Enrique de Vedia, acreditado ya como escritor didáctico y publicista vigoroso, también había hecho apreciar en varias ocasiones sus cualidades de narrador y sus dotes de inventiva. Con todo, en el género puramente artístico y literario, no había producido aún la obra que era dable esperar y que hoy llega con

TRANSFUSIÓN, como un resumen de energías y una síntesis de belleza.

Es una novela autóctona en la más estricta acepción del vocablo, pero es a la manera de las que soportan traslaciones a idiomas extraños y ello merced a la universalidad del asunto. Este es muy original. Lo constituye un problema de psicología individual. En su desarrollo el autor muestra el descenso de un alma virtualmente generosa y, como contraste, el renacer de otras embebidas en la substancia de aquélla. Y en la notación de este doble proceso moral, el señor Vedia agudiza el análisis hasta sorprender los movimientos menos perceptibles del espíritu en su crisis progresiva. Los personajes no se ocultan a sus propios ojos de observador, que sin abstraerse jamás, logra adueñarse a veces de todo un carácter, merced a un sólo rasgo distintivo.

De ahí que el novelista llegue a objetivarlos con intenso calor de humanidad. Se animan y andan, y a medida que accionan y discurren se advierte en ellos las modalidades de sus tendencias, de sus estados de alma, según las condiciones que los determina. Son seres reales, por eso viven en la novela, porque antes vivieron en la realidad, donde fueron sorprendidos. De pronto parece que se va a dar con ellos. Tal es la impresión de su verdad esencial. No nos referimos sólo a los caracteres centrales de la novela, a los que forman el núcleo de su acción íntima, sino también a las figuras de segundo término, o episódicas.

El señor Vedia ha matizado TRANSFUSIÓN con algunos trozos descriptivos que pueden citarse como páginas de primer orden. Y cuando del diálogo que tiene el sesgo de la frase hablada, el novelista pasa a describir y eleva la forma, pone en ello gradaciones tan armónicas que la transmisión se efectúa

insensiblemente. Y ora evoque el despertar de la ciudad o los vastos panoramas agrestes o los cuadros de costumbres camperas, siempre ajusta a su naturaleza el estilo.

Y ello en una forma ágil y fácil, siempre viva, animada siempre. De ahí que el interés no decae un solo instante, sostenido aquí por la ternura, allí por lo patético, allá por el drama íntimo, acullá por un revuelo lírico y en todas partes por un perfecto acuerdo entre el mundo evocado y la energía evocadora.

LA NACIÓN.

Junio 10 de 1908.

Entre los juicios que esta obra mereció, cuando vio la luz pública, se encuentra el siguiente, que expresa, con particular acierto, el concepto ideológico y la finalidad moral a que «Transfusión» responde:

«Rosario, julio 15 de 1908.—Señor Enrique de Vedia.—Buenos Aires.—Mi distinguido amigo: Su bella concepción dramática, publicada en forma de romance, ha terminado de una manera original y novedosa, dejándonos con ganas. Efectivamente, acostumbrados en este género de producciones a que se aten todos los cabos para cerrar el ciclo de los acontecimientos referidos (artificio más que verdad), uno no se resigna a que deje de contársele que Anastasio vino una noche a matar a Melchor, por ejemplo; que Clota, desesperada, entró en un convento; que los padres del protagonista murieron en un hospital porque éste les derrochó toda su fortuna, concluyendo él

mismo sus días en el manicomio, degenerado e imbécil, en un acceso de *delirium tremens* o maniatado por la parálisis general progresiva.

»La fuerza del hábito hace que uno espere el número siguiente para continuar la fácil y agradable lectura que se realiza como si se oyera un fonógrafo invisible que reproduce para el oído lo que los cuadros admirablemente trazados reproducen cinematográficamente en la imaginación y casi diríamos en la pantalla retiniana.

»Ese final, en que queda Melchor, afirmado en la tranquera, con su simbólico ramito de fresco cedrón, viendo partir a sus amigos, que se llevan jirones de su psicología, es de una naturalidad tal, que recuerda a los grandes maestros del arte literario cuando con los más sencillos elementos realizan verdaderas creaciones.

»Tan cierto es que un simple gesto, o una *pose* revelan muchas veces todo un mundo interno oculto al ojo vulgar que sólo ve la superficie.

»Hay tal revelación de recóndita onomatopeya entre este sujeto así plasmado en aquel ambiente todo nuestro, y el estado de su ánimo ante la metamorfosis que el alcohol por una parte, el contagio moral por otra y su indudable receptividad psíquica han producido en él, que al terminar uno la lectura del capítulo, se queda inconscientemente en una actitud análoga, con la vista clavada en un punto del espacio y una sonrisa de aplomo dibujándose en los labios.

»La transfusión está hecha, ¿para qué más? Sutil e inadvertidamente la salud espiritual de Melchor ha sido absorbida por Ricardo y por Lorenzo, los que a su vez le han

dado a respirar sus almas enfermas, como las flores, que al ampararse del oxígeno, que es la vida, exhalan el ácido carbónico, que es la muerte.

»El lector pudiera exigir que el fenómeno hubiese ido produciéndose ocasionalmente a su vista y con casos concretos que le documenten, como en un boletín clínico en que se anotan todas las modalidades de un padecimiento cuyo curso insidioso o normal se sigue prolijamente, catalogando epifenómenos y detalles de escrupulosa minuciosidad, pero ¿podría hacerse eso sin menoscabo del arte, generalizados por excelencia, para producir el efecto emocional y convincente que se busca?

»El alcohol y la Venus son, por otra parte, auxiliares eficaces de consumo orgánico y de degeneración, de que el autor echa mano con hábil ingenio para producir el caso clínico observado y existente, sin duda alguna en gran número, en este inmenso nosocomio del mundo.

»Pinturas que son verdaderas fotografías con movimiento hay en su romance, y Baldomero, representante genuino de nuestros hombres de campo, de verba pintoresca y tranquilo razonar ecuánime, ha sido arrancado de la realidad él mismo, en medio de aquella naturaleza genuinamente argentina, de horizontes dilatados y soberana magnificencia.

»No tengo por delante su trabajo; el folletín vuela y muchas bellezas escapan al ojear los recuerdos. Dejo, además, como usted ve, correr la pluma en el natural desaliño epistolar, como que estamos conversando familiarmente sobre las facciones de su primogénito.

»Espero ver pronto en forma de libro su bella concepción, tan sencilla y eficazmente presentada, para decirle en letras de molde

todo lo que creodebe decirse de ella al público. Desde luego, el deseo de verla hechacarne y hueso en la escena de un teatro, me obsesiona desde el primermomento.

»¿La va a teatralizar? Bien lo merece. Aquel: «Yo estoy con Dios así»...vale un Perú. Su afectísimo amigo,

»Alejandro V. Murguiondo.»

TRANSFUSIÓN

[Publicada, por primera vez, en el folletín de «LA NACIÓN» en los meses de junio y julio de 1908.]

.
.
.

—¿Suicidarte? ¿Pero comprendes bien lo que dices?

—Y en definitiva, ¿para qué debo vivir? ¿Qué misión me espera? ¿Qué ideal puede estimularme ya?...

—No te diré cuál es la razón filosófica de tu existencia, porque la ignoro; pero, puesto que vives, ¡vive! qué diablos.

—Como cualquier animal...

—¡Supongámoslo!... ¿y quién te ha dicho que los animales sufren en su condición de tales?...

—Tú echas todo a la broma y a la jarana, porque eres feliz.

—No, Ricardo, yo no soy feliz en el concepto en que tú y todosentienden la felicidad, porque la felicidad comprende un cúmulo de circunstancias que jamás se encuentran reunidas; lo que hay es que yo noquiero ser desgraciado y... ¡no lo soy!

—Porque la desgracia no te agarra...

—¡Me agarra a cada rato! ¡Me ha agarrado mil veces! pero la desgraciase aburre conmigo.

—No te entiendo.

—¡Pues es claro! La desgracia es como una persona seria que se fastidiaen compañía de quien ríe constantemente.

—Lo difícil, lo imposible es eso; reír siempre...

—¡Qué ha de ser difícil! Todo es cuestión de resolverse, no sólo endefensa propia, te diría, sino en homenaje a la risa que es, sindisputa, nuestra patente de racionales.

—Tampoco te entiendo.

—¡Sí, hombre! Nosotros, los humanos, somos los únicos animales quereímos y observa que la diferencia positiva que nos distingue de losdemás bichos de la creación es la de reír.

—¿Y la de sufrir?...

—¿Y quién te ha dicho que las gallinas de tu casa no sufrenhorriblemente cuando se hace guiso de pollos? ¿O que los gatos denuestros tejados no se sumergen en un mar de tristeza cada vez quenuestros fonderos ofrecen a sus clientes el «civet de liebre»?... ¿Sabeslo que sucede?...

—No sé adonde vas.

—A esto: los animales sufren lo mismo que nosotros, pero no les importa.

—Eso dices tú.

—No, Ricardo; esto lo demuestran los mismos animales, y si no observa alas vacas, por ejemplo; ¿tú crees que una vaca a la que el tambero lequita la leche que ella formó para su ternero no sufre? ¡Sufré, che!pero se resigna. ¿Y sabes cómo lo demuestra?... ¡Comiendo de nuevo paratener leche otra vez, en la esperanza de que le alcance al hijo de susentrañas!...

—Comen para satisfacer una necesidad.

—¡Justamente! y nosotros debemos hacer lo mismo; ¿o tú crees que nonecesitamos nutrinos para seguir viviendo?

—No sólo de pan vive el hombre.

—¡Ya lo creo! pero así como nuestra economía animal nos exige alimentos que se llaman pucheros, bifés, carbonada, loco—¿te gusta el loco?¿qué rico es con pedacitos de cordero, eh?—bueno, pues lo mismo nuestro ser moral reclama sus alimentos espirituales, que se llaman:resignación, esperanza, jovialidad, ¡risa, ché! ¡risa!... ¡mucho risa!

—Es muy fácil decirlo.

—¡Y hacerlo! Yo lo hago, sin dejar de rendir mi obligado tributo a losdolores morales; pero cuando uno de éstos me manifiesta intenciones demolestarme demasiado, metiéndoseme muy adentro o quedándose en mí mástiempo del tolerable, ¡me le planto delante, le suelto una carcajada y le señalo la puerta: a embromar a otro! Lo mismo que con las personas;como que hay «personas-dolor» y «personas-alegría». A una de éstas le digo:

¡Cuánto gusto! ¡Adelante! Tome asiento;—a las otras les hagodecir con mi sirviente que no estoy.

—¿Y qué haces cuando una de esas que llamas «personas-dolor» tesorprende y te agarra sin poder evitarlo?

—¿A qué hora?

—¿Cómo a qué hora?

—Sí, pues; porque según la hora será el rumbo que tome; si es de día lallevo al club, a la Bolsa, a la casa de gobierno o a cualquier sitio quetenga salas de espera y puertas de escape; si es de noche, al teatro yen el primer entreacto ¡zas! me le escabullo.

—Eso puede hacerse con las personas; pero no con los dolores morales.

—¿Se hace lo mismo! Y aun es más fácil desprenderse de una pena que deciertas personas profesionales de la impertinencia. ¿Ignoras acaso queel alcohol es un irresistible anestésico para todo dolor moral?

—Sin duda; pero el remedio es peor que la enfermedad.

—La tarea, pues, está en encontrar remedios que curen sin enfermar.

—¿Cuáles serían?...

—En tu caso ya te lo he dicho y repetido cien veces, y es necesario queacceptes el tratamiento que te receto: te vienes con Lorenzo y conmigo ala estancia del viejo; pasamos allá una temporada, cuanto más prolongadamejor. Comes buenos churrascos; andas a caballo; tomas aire puro y,contagiado por

mí, acabarás por reírte de todo ese mundo de cosasdeleznables y subalternas que actualmente te tienen envuelto ennieblas... ¡Contra las nieblas: sol, sol y mucho sol! y después vendrásola, vibrante, sonora, la risa, la sana, la enérgica, la invencible, lafecunda, la suprema demostración de que no somos tan... animales...¡Ríete!... ¡no seas pavo!... ¡¡Ríete!!... ¡Como yo!... ¡Así...!

—Es que oyéndote a ti acaba uno por ver todo color de rosa.

—¡Como tú quieras! ¿pero irás con nosotros, eh?... Ya ves que Lorenzoha resuelto acceder a mi pedido... y tú no puedes desairarme... por otraparte, la partida depende de ti y... ¡sin ti no me voy!... e impedirásque el pobre Lorenzo se cure también de sus males que son más o menoslos tuyos...

—¿Y qué precisión hay en que yo les acompañe?

—La de curarte y, sobre todo, ¡caramba! ya basta de explicaciones: ¿vaso no? A esto he venido... por última vez...

—Bueno, ¡iré!

—¡Bravo!... ¡Venga un abrazo!... ¡Ya ha empezado tu mejoría!

—Mi mejoría... Tú eres muy bueno, Melchor.

—¡Ah!... ¡Soy una monada!...—contestó éste riendo de nuevo como lohabía hecho durante todo el diálogo sostenido con su amigo de lainfancia Ricardo Merrick, cuyo estado moral combatía desde algunosmeses, como combatía también el de otro amigo, Lorenzo Fraga, con quienconservaba desde la escuela un hondo afecto, realmente fraternal.

Ganada la batalla con Ricardo y convenida definitivamente la partidapara el campo, se dirigió a casa de Lorenzo a darle la

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

